

—Una cuenta sencilla—

¿Qué suponen 60 conflictos armados y 15 más inactivos en un mundo persistentemente enfermo y que, sin embargo, nunca muere?

En consonancia con la historia humana, que no es otra que la del hombre contra el hombre y su fatídico legado, no suponen nada porque nada ha cambiado. Ni en tiempos bélicos ni en los relativamente tolerantes y pacíficos hemos sido capaces de acabar con la guerra.

No sabemos cohabitar.

Es ampliamente conocido que la guerra, más que ninguna otra lacra, pronuncia la sinrazón humana de la coexistencia. Basta un solo hombre agresivo, vengativo, poderoso y obcecado en ella para marcar el destino de toda la humanidad. Y así como en el campo de batalla el shock séptico es prácticamente inevitable tras la amputación, la sepsis de la guerra se expandirá mundialmente por el simple hecho de recapacitar en sus “misterios” únicamente en tiempos de guerra. Estos son: la propagación de la violencia y el odio por la imposición o cesión de los intereses que conlleva.

La paz, una vez alcanzada e instaurada, debe mantenerse de forma férrea. Es decir, en constante vigilancia para no ser de nuevo derrocada. Dada nuestra tendencia a la despreocupación, nunca dominaremos la pugna creada.

Si sabemos que el afán de poder, la mayor estupidez humana, es causa de todos nuestros males y la guerra, su principal consecuencia, ¿por qué seguimos obedeciendo y participando —y algunos incluso alegremente— en todas sus contiendas? A nadie debe extrañar que los móviles bélicos y el porqué de trágicos episodios como el de Gernika ocupen, por tanto, un puesto historiográfico privilegiado.

De la vesania colectiva que padecemos lo único que todos distinguimos son las causas y consecuencias, pero no podemos quedarnos ahí. Aun detectando cada uno de los múltiples factores socioeconómicos y/o

culturales asociados no haremos entender a los soldados del mañana, los niños, la magnitud de esa inmensa locura que es la guerra, pues esta no se justifica solo con razones conscientes. Ni la guerra se enseña con juguetes bélicos ni las muertes en campaña se explican con soldaditos de plomo.

Lo cierto es que entendiendo la individualidad bajo el condicionante de especie colectivizamos no solo sueños —nuestra sabiduría más hermética—, sino también delirios que explican la locura de una sociedad y sus descarríos. Y aquí el hecho de resolver cómo la quimera de algunos —los menos y más poderosos— se vuelve colectiva es un relato de terror en el que el reto más duro o difícil que se plantea al escritor es no proyectar inconscientemente sobre el lector el juicio de su propio delirio también.

Y, hablando de escritores y sus delirios, a la memoria nos viene irremediablemente el más letal. Estamos pensando en *Mein Kampf*, escrito por el megalómano más loco de todos los tiempos para reafirmar su distopía totalitaria y la gran aberración del régimen que plantea, el Holocausto judío. Se trata del hecho histórico más conocido y estudiado. El mejor ejemplo individual y el peor delirio colectivo que hemos sufrido por extensión o contagio. ¿Qué más se puede decir del miedo que no sea lamentar que el ejercicio literario no sirviera de terapia al autor de *Mi lucha*?

Sabemos que el loco es, precisamente, el único que posee si no todas las armas que necesita, sí las mejores para luchar contra su propia locura. La curación del loco está, pues, en el propio loco y para ello el loco debe ser consciente de sus idiosincrasias. Debe querer curarse y saberse escuchar. Es decir, aprender de su delirio inconsciente. Lo cual no es fácil. No hablamos de la misma locura en una persona que está loca y no lo sabe a la de otra que se la cuestiona.

Siguiendo este enfoque podríamos sospechar que la guerra como locura colectiva no fuese más que la expresión inconsciente de nuestra modesta capacidad de sociabilización y convivencia; el desahogo explosivo de nuestra interacción más fronteriza, reprimida, confrontada y silenciada. Y en efecto, así parece ser.

Desde la psicología social se nos confirma que la guerra es un desorden social patológico, un mal endémico en el ecosistema humano y una enfermedad inherente al hombre. Por coherencia podríamos afirmar, entonces, que con la guerra sucede exactamente lo mismo que con la locura. Haya exceso de noradrenalina, dopamina o inconsciencia es al mismo tiempo debilidad y fortaleza del alma de un pueblo. El pulso de sus traumáticas experiencias con otros pueblos.

Ahora bien, si nada ha cambiado en veinte siglos, ¿por qué en el siguiente, ahora presente, lo hará?

La respuesta es sencilla.

Abrir la Caja de Pandora de vez en cuando viene bien. Un buen análisis introspectivo siempre nos rescatará de la enajenación colectiva paliando nuestra incorregible necesidad y posicionándonos de nuevo en el mundo con la modestia que nunca debimos perder.

No deseamos contradecir a los grandes maestros en sus máximas (Churchill, Tony Judt, Ian Morris, etc.) y tampoco caer en el más crudo escepticismo de los expertos, pero sí opondremos con cierta rebeldía y voz quebrada nuestra existencia más extrema en respuesta.

Así, desde un sentido vital diferente, hemos observado que, si la locura bélica no emana de la genética humana, lo hará de la social. Nada ocurre en balde. Todo tiene una finalidad biológica y la guerra, al igual que la enfermedad, también. Nos guste o no se llama evolución y no debemos temerla, pues a pesar de las fases de estancamiento e involución que el proceso implica, la vida en su abundancia se abre paso con natural sabiduría.

Asimismo, y sin desánimo alguno, deducimos que tendrán que sucederse muchísimos más días de paz que los que se contabilicen de guerra para exonerar la conciencia colectiva de toda falta, delito, pecado, debilidad o culpa. Hay quien sí lleva la cuenta desde la batalla más antigua entre las ciudades sumerias de Lagash y Umma (Mesopotamia, 4 500 años a. c) a la más reciente (Israel-Palestina y el rebrote sociopatológico de un conflicto, ya rancio, que con 76 años, 3 meses y 23 días perdura con una actualidad cada vez más rabiosa).

Por conocer todo esto, queremos insistir. Puede que para los justos e inocentes todo sea posible. Que sea tan fácil como señalar en el calendario un día cualquiera como Día D, el día que olvidemos el odio.

No nos equivoquemos, aunque también a través del conflicto bélico se progrese, un mundo en guerra no es un mundo libre y mucho menos motor de la humanidad.

Cuando lo único que oímos diariamente es el zumbido de los misiles y el grito estridente y discordante de algunos líderes arrebatados y dispuestos a matar por mero afán de poder no solo hablamos del mismo inframundo para todos, también evidenciamos su insania, la hostilidad del hombre hacia el hombre por la que cabe preguntarse:

¿Qué mensaje estamos transmitiendo a las nuevas generaciones?

De las fuerzas armadas y su oficio sabemos todo del qué, bastante del cómo y algún porqué, pero casi nada del para qué. Si algo expresa el presente texto es la necesidad de descubrirlo. La atmósfera expositiva creada por el artista, Jean Claude Cubino, lo introduce y condensa bajo un título bastante explícito:

«Mantener fuera del alcance de los niños».

Y así debería ser.

Hemos pecado de exceso de optimismo al confiar en la enseñanza de la Historia. Para los dirigentes, los “cuentos” de esta disciplina carecen de moraleja. Ni siquiera practicando la guerra desde el método del prueba-ensayo-error son capaces de aprender su principal lección. Por consiguiente, dado que no podemos pensar ni actuar por ellos, pero sí iluminar algo el camino, veamos libremente dónde nos lleva el discurso visual de los malaventurados juguetes que aquí se muestran.

En los 75 años que quedan de siglo se fabricarán 75 000 000 de juguetes bélicos al año para los 145 000 000 millones de niños occidentales que desarmados, predispuestos y aleccionados habitan un mundo de hombres en constante conflagración y jugando a ser Dios sin fraternidad, altruismo o ilación. Sus juguetes propaganda

no llegarán al resto global de niños (unos 2 000 000 000), puesto que estos no necesitan ningún artillero para jugar a la guerra, ya que la viven, la sufren y por ella mueren.

Son los niños soldados, los molotov y los bomba-racimo. Tristes contenedores de un ADN relevante para el mapa del genoma humano sin posibilidades de transmisión. Los abusados, forzados, explotados, prostituidos, desplazados, traumatizados o mutilados por quienes desoyen la Convención de Ginebra desobedeciendo su protocolo adicional.

Son aquellos niños que no piensan en jugar a luchar ni siquiera contra "Lord Haw-Haw", pues tienen el espíritu roto por el espino, las minas y el peso de un fusil. Como los otros, frágiles y limpios de corazón, pero con la conciencia cansada y la inocencia aniquilada de forma despiadada. Números clausus de los corredores humanitarios, ahora y siempre convertidos en guardianes de una memoria genocida y a los que no se les permitirá seguir siendo niños nunca más. ¿Qué importa ya si con la desaparición de cada uno de estos niños —los verdaderos motores de cambio y progreso— el mundo pierde un gran sueño conciliador; un sueño vital para el destino de la humanidad y del planeta?

El recurso que nos queda hasta dar con la solución es reforzar el sistema inmunitario social con un nuevo lenguaje gráfico, verbal y objetual como el aquí proyectado. Un medio que renueve y mejore las armas del diálogo social y prohíba el comercio belicoso de determinados juguetes infantiles.

Es obvio que en la lucha contra la Guerra no hemos sido los primeros, menos aún seremos los últimos en exponer la constante de su gravedad, la envergadura de su alcance o la magnitud de las secuelas que acusan los damnificados. Y es seguro que con esta tesis no obtendremos la victoria. No obstante, si de nuevo obligamos al fornido e impetuoso Ares a retirarse más atrás de sus trincheras actuales, le habremos librado otra batalla, al menos.

En consecuencia, «Mantener fuera del alcance de los niños» es un ético ejercicio de fuerza y resistencia. Se trata de la guerra de guerrillas más privada y particular del artista. Sin dejar de comprometer el intelecto del

observador, Cubino sitúa el foco plástico en el niño y en la necesidad cada vez más abrumadora y perentoria de proteger su dignidad y condición, dando al paso un guantazo a los Señores de la Guerra y en especial a los que mercadean con ella.

Analizando el conjunto de su obra se infiere que estamos ante un reportero de guerra camuflado entre juguetes. Si no les convence su táctica, permítanle huir a nado como en Dunkerque, para que, una vez embarcado y a salvo, mantenga elevada, cual estandarte, la pregunta que aquí nos hace:

¿Quién en su sano juicio regalaría un juguete bélico a un niño?

Sin duda, alguien de pobre autonomía y a quien el ejercicio de su libre albedrío no le quite el sueño.

Desafortunadamente, todos esos niños sacrificados eran los únicos que podían enseñarnos a interpretar la guerra con la misma seriedad que reclama el arte de Cubino. Esto es, con un punto de vista aciago por sincero y honesto. Ellos hubieran captado de un vistazo la urgencia y necesidad de esta exposición.

Por tanto, son los propios niños de la guerra los que sin duda alguna impulsarán a los otros —los niños mentalizados de occidente— a defender con un sentido renovado la justicia de este mensaje: corregir la asonancia musical del condenado y malhadado juego para regenerar y rescatar lo que se pueda del poema humano.

Respondiendo a esa clara intencionalidad en el mensaje, dejaremos esta página incompleta y no añadiremos nada más que un minuto de ... por la paz.

*M. Elena González
A 30 de enero de 2025*